

El estado de la cuestión

Nosotros, los filósofos españoles

Carlos Díaz

Reivindicación del designativo «filósofo»

Algunos declinan el título de «filósofo» por parecerles honra excesiva, pretencioso deseo sólo justificado históricamente para un puñado de clásicos; si Aristóteles, Hume, Kant o Hegel lo fueron ¿cómo incluir en tan excelente orla mi foto de modesto aficionado? Las cimas de la sabiduría estarían reservadas para los filósofos de altura, como el anarquismo lo reservan algunos aprendices de la causa para los más grandes.

Pero estamos también los que exigimos menos, y si a un profesional de la medicina le denominamos médico, a otro de la filosofía le honramos con el título de filósofo. Habrá, claro está, médicos y filósofos mejores y peores, pero el misterio de la cripta embrujada acaba ahí, y dado que lo único exigible del filósofo es que piense y actúe a su tenor, parece (aunque tampoco sea tema del que andar haciendo bandera) que nadie comete ningún acto de terrible soberbia por presentarse o ser presentado como filósofo, ocupación inocua y nada esotérica que como casi todo el mundo sabe significa lisa y llanamente *amante del saber*, lo que está al alcance de cualquier bípedo implume, bastando para acceder a un gremio tan abierto la voluntad de seguir aprendiendo. Si por «filósofo» hubiera que entender «sabio» otro gallo nos cantare, la clase quedaría casi vacía, todos volveríamos en septiembre, y haría bien el personal en no presentarse a examen así como así, pero como, a tenor de lo dicho, el filósofo de guardia no tiene empacho ni escrúpulo en reconocer su ignorancia y su saber que no sabe (lo que no es modestia, sino certeza), enarbolándolo incluso como axioma de su actuar, el desestimar la frustración del saber poco e ignorar mucho y dejar para los otros la brega incómoda contra lo siempre desconocido es actitud propia de dos estirpes: de la estirpe del sabio, o de la

estirpe del más bien tonto.

No hay que ponerse así, Juan Goytisolo. Llevas razón cuando fustigas los excesos del filósofo que quieren confundir a don Martin Heidegger con don Tancredo¹, o cuando deslindas filosofía y alcaldía, o cuando descubres el juego de los que nos abruma con sus fotos y sus exhibiciones, su senilidad demagógica, arribismo, ansias de lucimiento, voluntad de trepar, filosofía de trapillo, sandía, etc. Razón que te sobra. Pero te falta razón cuando te irritas al escribir allí mismo: «Una exégesis de las corridas de toros: ¡filosofía! Disquisiciones sobre fútbol y Mercado Común: ¡filosofía! Glosas acerca de la esencialidad nacional catalana: ¡filosofía! Un discurso sobre feminismo y sociedad patriarcal: ¡filosofía! La letra de un himno no sé si autonómico o preautonómico: ¡filosofía! Un bando municipal en verso o en prosa: ¡pura y trascendente creación filosófica!». Pues bien: sí, todo eso es filosofía. Lo lamentable será que fuese mala, pero todo eso, cualquier reflexión sobre lo divino o lo humano, es ya filosofía. Negarlo equivaldría a negar la condición de literatura a todo lo que se escribe con pretensión literaria, pero en este ámbito estamos en lo mismo: hay literatura mejor y peor, mas las primeras escrituras cuneiformes son ya un primer vuelo literario; el hombre es pasión cultural, y todo lo que escribe o toca lo convierte en cultura, en cultivo, en sabiduría: para eso precisamente está la sabiduría, para discernir entre falsos y tópicos engaños que se presentan como saber, y saberes que lo son aunque no se les jalee. La filosofía es, pues, monárquica al menos en este grito: «¡La filosofía ha muerto! ¡Viva la filosofía!». Y haya paz.

Así que, amigos filósofos, con o sin título, con o sin cátedra, con o sin publicaciones, con o sin escuela, aquí estamos para tratar de asomarnos contigo a la ventana de nuestro gran patio común y examinar tanto el ritmo de nuestras filosóficas pulsaciones, como la higiene mental del gremio.

Francesc Arroyo escribía al respecto²: «...la filosofía española no existe. Hay quien cree que la filosofía española es un invento realizado por Alfonso López Quintás para escribir un libro que parece de ciencia ficción. Otros afirman, con más fundamento, que el inventor original fue un redactor anónimo e ilustrado del *Boletín Oficial del Estado*. Según ambos, el BOE y López Quintás, la filosofía que se produce en España es española. Así de simple. Las cosas no están tan claras, como bien explica Rubert de Ventós —*Filosofía y/o política*— y añade Rubert que ésa, la oscuridad, es buena cosa... La filosofía española no existe, pero la filosofía en España goza de una mala salud... de hierro». ¡Anda que empezamos bien! Si no hay filosofía española, ¿cómo podría certificarse su buena/mala salud?; si huelga la filosofía hispana, ¿a qué santo tanto alabar al grupito de filósofos españoles en la cresta de la ola? A menos que se conceda bula especial para contradecirse cuando a uno le dé la gana y a otra cosa, el artículo que comentamos no podrá nunca superar la

¹ GOYTISOLO, J.: *Albricias filosóficas*. En «El País», 12 de julio de 1984, p. 11.

² En «El País», 24 de junio de 1984.

ciencia ficción que critica con ésta su propia ficción de ciencia. Mala cosa eso de jugar a la gallinita ciega/oscura, pues si aceptamos la tiniebla como método de análisis, ¿quién nos autoriza a usar el adjetivo de *española*, sobre todo cuando lo español está troceado? Basta de rollos. Algo sabemos los filósofos españoles, aunque seamos tontos: que no hay lógica de la oscuridad, y que incluso ella, la lógica escotomizadora, necesita del principio de identidad para identificarse. Primera regla de juego de cualquier deporte, incluido el filosófico: no cabe echar abajo el principio de identidad mientras se pretenda usar el principio de identidad.

El principio de identidad de la filosofía española

Quedábamos en que en nuestro país existen al menos unos cuantos amantes del saber, algunos de los cuales cobran incluso nóminas por tal concepto, aunque en su fuero interno hayan devenido encallecidos burócratas irreconciliables con la más mínima actitud sapiencial.

Y bien, ¿cuál habría de ser el criterio definidor del quehacer filosófico, cómo hacer balance de las «esencias» (los que son) eludiendo el riesgo de inventariar sólo las «existencias» (los que sólo están)? Es una cuestión central de nuestro estudio, a la que trataremos de responder lo menos mal que podamos, porque hasta la presente es el escollo en que encallan las naves cargadas hacia Itaca.

De entrada, no parece el método más adecuado (aunque sí el más detectivesco) andar solicitando del Colegio de Licenciados una lista de cuantos enseñan la disciplina, redondearla luego con el recuento de los funcionarios públicos no censados hasta aquí, agregando finalmente los nombres de aquellos pensadores asilvestrados que, pese a no vivir del beneficio, hubieran logrado oficio: todos juntitos, los de la nómina y los innominados. Demasiados nombres ¿no? Hay que reducir el número de los sospechosos. Continuemos la pesquisa. ¿Valdría la pena seguirle la pista a la hipótesis funcional según la cual la filosofía se divide en dos grupos, el de quienes figuran (los *filósofos fenoménicos*) y el de los que nos figuramos que deberían figurar (los *filósofos nouménicos*)? Veamos qué resulta de nuestra indagación.

La filosofía desconocida

Henos con la corona ante el filósofo desconocido; no hay que saber mucho para decir que existen en nuestro país gentes que, o bien no publican nada, o casi nada, o tienden a la pertinaz agrafia, rota sólo «in extremis» con algún artículo erudito en revistas especializadas, con algún libro sobre tal filósofo, con algún reexamen de aquel aspecto puntual y técnico de su área de trabajo, conforme al principio de la especialización, quizá tan poco filosófico, sobre

todo si la especialización sirve de coartada para desinteresarse de todo lo que no sea el centímetro de mi saber.

Muchos profesionales de los ahora mismo mencionados están, sin embargo, relativamente bien informados, incluso a veces muy bien, de lo que cultivan, trabajando modestamente en medio del desconocimiento general y habiendo incluso de soportar críticas feroces que acaso no merezcan, si son honestos y rigurosos con lo suyo.

El caso es que este tipo de filósofos defiende *el carácter no-público* de lo filosófico, el uso privado del saber que interroga. Si la filosofía no tiene por qué ser pública, ni siquiera escrita, ¿qué debería, sino cultivar el «jardín interior», la enseñanza oral, la tradición acusmática (*ex auditu*), conforme a las mejores tradiciones del pasado? Un aire más bien grupal, dialógico, amical, escolar en el sentido fuerte del término, acompañaría a este quehacer, aunque su riesgo —frecuentemente padecido— sería la degeneración en secta, o en grupo de presión tendente a amañar tribunales para erigirse en grupo de presión, satisfaciendo así poco más que la vanidad de los caciques y su poderío personal.

Sea como fuere, esta filosofía desconocida parece tender hacia *planteamientos arqueológicos*, a juzgar por el fuerte hincapié que pone en volver hacia los orígenes, a las raíces de todo, lo cual tiene nuevamente sus ventajas y sus inconvenientes, figurando entre las primeras la facilitación de la génesis de los problemas para evitar soluciones falsas o ya brindadas anteriormente, y entre los segundos el mero academicismo tesinero-doctoral tan lejos del pensar y tan próximo en demasía a la vanidad.

No seríamos, pese a lo dicho, fieles al concepto si no añadiésemos algunos reparos sobre la difícil autoconciencia reconocitiva en este ámbito de la filosofía «desconocida»; tal vez no sería el peor de dichos reparos la constatación de un gremialismo pequeñoburgués y militaroides que se traduce en displiencia para quienes no se encuentran en el nivel académico más elevado, y ni siquiera sería lo más malo el comprobar cómo desde allí se zahiere a quienes arriesgan a expresar sus convicciones en la palestra pública de lo cultural o lo político, sino la cerrazón, la obtusión para entender que su rechazo de la animación ideológica no es otra cosa que una mutilación del papel mismo del quehacer filosófico, cultivado precisamente por los mejores clásicos a los que ellos mismos parecen venerar: fueron los clásicos los que dieron respuesta a los problemas civilizatorios.

Cuando la ejercitación en la praxis se aparta de la tarea especulativa, cuando la vertiente necesaria de la presencia pública se sustrae, entonces acecha insistente un manierismo esterilizador que concluye por considerar a las tesis doctorales como fines en sí mismas, y a las cátedras por encima de todas las cosas. ¡Cuántos pensadores se han perdido en tan lamentable clima! Toda la pasión creadora que hubiera podido ponerse al servicio del concepto se empantana en la charca cienagosa donde se croa y se croa en macarrónico aquello de «*parva propria magna, magna aliena parva*», que alguien ha tenido al menos la sensibilidad de sistematizar así: son «los que no decían nada, pero

se interrogaban sobre la producción de su decir: ello daba para iniciaciones propedéuticas a la introducción de la instauración del fundamento de la base de la génesis... Los unos no acababan de acabar, los otros de comenzar. Y todo eso no es un combate de sectas, sino en una paz licuada, enflaquecida. Congresos, coloquios, simposiums donde todo se contradecía salvo las gentes. Ni verdadero, ni falso, ni dudoso: "temáticas" y "problemáticas"... "Venido de un horizonte" cada uno "contribuía a"... ¡Y después de doscientos años todos estos dogmatismos invertebrados se titulaban a sí mismos "críticos"! Todas estas gentes que habían amalgamado oscuramente se obsequiaban, se incensaban, sindicato único de eclecticismo ¿lo hacían por provecho y prestigio?, ¿era todo ello inconsciente, más fuerte que ellos?, ¿no sabían los infelices lo que hacían?, ¿era todo eso un efecto más profundo de nuestra cultura?... Nos creíamos en Atenas y estábamos al fin de Alejandría»³.

Desgraciadamente, aquí todo culmina en la gran confusión babelizadora, en la amalgama de métodos, en la imprecisión del poco más o menos, en la alquimia simbólica, de la que no se salvan ni los clásicos, a los que se recurre como tabúes para ahorrar esfuerzo especulativo propio, mitificándoles y momificándoles como si de extraterrestres se tratase, olvidando que los clásicos también fueron simples (aunque grandes) filósofos. Mientras tanto, el hoy queda sin respuesta, abandonado a su propio azar, lo que resulta la antípoda de la actitud clásica, que siempre dio la cara tratando de subvenir a las exigencias epocales.

Por último, ¿a quién acostumbra a votar el filósofo de la *privacy*? ¿Por qué no hace el esfuerzo de razonar la opción de su voto, y de razonarla en voz alta, para que resulte magisterial, vinculándose en ello a los clásicos que prefiera? ¿Por qué no lo hace, privando conscientemente a la sociedad de un servicio al que moralmente está obligado?, ¿o será que su voto no tiene que ver con sus bibliotecas, carece de nexos teorico-prácticos, es un voto sin más? Qué pena sería que llevase al respecto razón Salman Rushdie con su aserto aquel de «las cosas que importan en nuestra vida suceden en nuestra ausencia»...

Cuando, en fin, la filosofía desconocida deviene filosofía irreconocible, todo acaba en embozo y cuchilladas, en un motín de Esquilache en torno al escalafón, y que nos perdonen los amigos adscritos a esta línea, pues ellos saben bien que más amiga que Platón debe ser la verdad misma. De todos modos, si los que no nos inscribimos enteramente en esta línea criticamos, no será porque no tengamos nuestras servidumbres; bien sabía el Duque de La Rochefoucauld que «si no tuviéramos defectos no hallaríamos tanto placer en resaltar los de los demás»⁴, por lo que «nada debería disminuir tanto la satisfacción que de nosotros mismos sentimos como el ver que desaprobamos en ciertas ocasiones lo que, en otras, aprobábamos»⁵. Una cosa, en efecto, es criticar,

³ CLAVEL, M.: *Ce que je crois*. Ed. Grasset, París, 1975, p. 119.

⁴ LA ROCHEFOUCAULD: *Reflexiones o sentencias y Máximas morales*. Ed. Bruguera, Barcelona, 1984, p. 34.

⁵ *Ibid.*, p. 37.

y otra superar, y dado que «existen reproches que ensalzan y alabanzas que denigran»⁶, por nuestra parte no quisiéramos pertenecer al grupo de los que prometen según sus esperanzas y cumplen según sus temores⁷. Así que vayamos, sin más, a la otra línea.

La filosofía conocida ¿vale más que la buena por conocer?

Así como los ágrafos creen ser tanto más geniales cuanto más bueyes mudos, así también, en sentido contrario, los polígrafos parecen adoptar demasiado ligeramente el apotegma de que *es verdad todo lo que se publica*, lo que, dicho sea de paso, les expone a indefensión, en la medida en que los argumentos mejores para su falsación están en lo publicado mismo, en ocasiones tan lamentable como penoso. Hay billetes de curso legal, y billetes falsos, y de cuando en cuando no vendría mal hacer un repaso por las estanterías de las bibliotecas, hasta aligerarlas de peso y reducirlas a su auténtica dimensión cultural, sin que ello suponga incitación a expurgación, caza de brujas, o exorcismo antilibros de caballería: descanse en paz el caballero Quesada.

Pero el silencio del ágrafo le pone sólo relativamente a cubierto de toda sospecha posible, ya que después de mucho alarido aparece en escena un tembloroso y asustadizo ratoncillo, y hasta cabría suponer que aquel que no escribe es porque nada tiene que decir, y así se ve en dificultad para expresar coherentemente un sistema de ideas. O dicho más sicalípticamente: Quien no escribe no piensa, como el burro del gitano; el burro del gitano no es que supiera leer pero sin pronunciar, es que no pronunciaba porque no leía (en fin, lo que sabía W. James en su famoso estar triste-llorar). Siendo, pues, de poco crédito tanto la pertinaz sequía de la agrafía, como la egomaniaca incontinenia de la poligrafía, y pareciendo recomendable un cierto y virtuoso equilibrio entre semejante extremos, la verdad es que en caso de duda sería preferible el polígrafo, que al menos pone sobre el tapete lo escrito, cartas de jugador no marcadas a las que se ajusta. Si malas fueron las oposiciones de carácter público, peores son los pucherazos de las suposiciones, e imposible la adivinación de la «sabiduría in pectore».

Lo cual no debe hacernos olvidar en modo alguno que con harta frecuencia las modas filosóficas necesitan para ser lanzadas poco más que el aval del dinero y una buena campaña publicitaria, lo que propicia el fraude. Quienes sin tales apoyaturas apenas hubieran sobrepasado el listón del comentario callejero con más o menos chispa o más o menos gracejo pasan entonces por sesudos y polivalentes calientagorras, con tan sólo agarrarse a la prensa hegemónica, a la cátedra influyente, o a la televisión fácil: hay padrino, luego filosofía a la

⁶ *Ibid.*, p. 50.

⁷ *Ibid.*, p. 35.

vista. Algún que otro filósofo aúlico de esta última hornada no pasaría de escolar aventajado sin la apoyatura de los medios de masa, que son los actuales metafísicos, tras la desaparición de los que van siendo los últimos (Rahner, Zubiri, etc.). En resumen, que la presencia pública de la filosofía tiende a distorsionarse, conforme a la famosa ley de Murphy; «Si algo puede funcionar mal, lo hará». A estos triunfantes del saber, felices por ignorancia de su no-saber, les cuadra lo del moralista clásico: «Las personas felices apenas se corrigen; creen tener siempre razón, ya que la fortuna apoya su mal comportamiento»⁸.

Y como la ignorancia es de lo más atrevido en este pícaro mundo, el *publipensador*, ansioso de pulverizar sus propios récords, tratará de opinar más difícil todavía, aunque sea haciendo encaje de bolillos con los clásicos: «¡He visto enemigos displicentes de Sartre convertirse en estructuralistas sin marcar la diferencia! ¡He visto a la fenomenología mutarse en materialismo dialéctico! ¡A Marx unirse a Heidegger por la gracia de la *techne*! ¡En cuanto a los magmas Freud-Marx, alrededor de treinta por año, nada como Francia! ¡Babel, bazar, juegos de palabras, asociaciones de ideas, glosas sobre exégesis, comentarios y comentarios! ¡Platón sirviendo de bisagra a una etnología materialista! ¡Spinoza volviendo a estructurar las sincronías económico-lingüísticas, a Kierkegaard estudiado en un congreso planetario según las relaciones de producción en Dinamarca!»⁹. Tal vez en España comience a estarse a la altura en tamaños menesteres, una vez que aquella ceremonia de la confusión ha sido importada con relativa facilidad. El *diabólico* filosófico parece presto a cualquier inventario o catálogo sobre los demonios filosóficos más diversos¹⁰. Para eso está además la dialéctica convertida en logomaquia:

«Ella me contó que tú le contaste el secreto que te pedí que no le contaras.

—¡Pero si le dije que no te dijera que se lo había dicho!

—Bueno, pues ahora no vayas a contarle que te conté que ella me lo contó.»¹¹

No vale, pues, más la mala filosofía conocida que la buena por conocer, pero al menos estos jacarandosos alevines de nuestra aquendidad animan el cotarro, evitándonos fenecer de tedio académico contando las veces que Descartes descartó descartar (o sea, el despertar del sueño hiperbólico). Por lo demás, y pese a la licuación de sus opiniones, nadie puede negar que también

⁸ *Ibid.*, p. 61.

⁹ CLAVEL, M.: *Op. cit.*, p. 118.

¹⁰ Cfr. al respecto lo que sobre JORGE ORDAZ en el ámbito literario dice A. RUIZ DE LA PEÑA en su bello libro *Introducción a la literatura asturiana*. Oviedo, 1981, p. 278.

¹¹ Más o menos. De ahí tanta circunspección frente a tanta complicación, el *Who says what to whom in what channel with what effect?* Cfr. LYOTARD, J. F.: *La condición postmoderna*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1984, p. 89.

tienen una influencia pública, que esa influencia se traduce en una especie de cristalización en un estado de opinión, que tal estado de cosas tiene sus aquiescentes entre la burguesía media a su vez rectora, y que todo eso no se supera con un displicente «están verdes». Y aún habría que añadir que algunos de los filósofos publicitados son también gentes de oficio, tan bien formadas técnicamente como los más esotéricos, con la ventaja sobre éstos de que han actualizado a los clásicos, los han sacado del estado de fósil en que se encontraban por la incuria académica, los han releído hermenéuticamente, han reflatado su profundidad, hecho chirriar las cuerdas e hinchado las velas del viejo galeote cubierto de moho, y así re-circunnavegado el orbe del saber. Podrá, y tal vez deberá, discutirse su interpretación de Kant o de Aristóteles, pero el esfuerzo de marinería está a la vista, frente a la *terra ignota*. Alegar falta de respeto en el trato a las canas de nuestros próceres es una cosa, y otra creer que con el trato de «vos» se está más cerca del diálogo. En fin, que el lobo de mar no debería detenerse en las sinrazones de los fenoménicos o/y de los nouménicos, por lo que gustaría de repetir estas estrofillas:

«he reprendido con sal
los abusos de la corte,
he descubierto el *resorte*
del lujo, de la ignorancia,
superstición y arrogancia
de la barbarie consorte» (Ugena)¹².

Las dos... mil Españas filosóficas

Se deducirá fácilmente de lo anterior por qué la filosofía española no acaba de ir a más: Porque *no hay diálogo entre los esotérico-académicos y los exotérico-folkloricos*. Luego no hay filosofía. En esto sí que lleva razón Francesc Arroyo cuando afirma: «A destacar que los libros que comentamos cuestionan las divisiones que un día aparecieron, inamovibles. Así, ninguno de los textos... admitiría ser encuadrado entre los supuestos analíticos o dialécticos que casi parecían monopolizar el panorama de los años setenta. Tampoco son nietzscheanos, el tercer grupo que entonces aparecería en discordia. Y también parecen haberse disuelto las supuestas escuelas de Barcelona, Madrid, Oviedo y Valencia»¹³.

Mas esto, que de suyo es pluralidad y riqueza, ¿no conlleva mayores cantidades de solipsismo, de monólogo, de infertilidad? Este país parece, pues, abocado a desarrollarse *sin diálogo filosófico*, ya sea porque nadie oye a nadie,

¹² URZANQUI, I. y RUIZ DE LA PEÑA, A.: *Periodismo e Ilustración en Manuel Rubín de Celis*. Centro de Estudios del siglo XVIII. Oviedo, 1983, p. 145.

¹³ ARROYO, F.: *Loc. cit.*. Ibidem.

ya porque nadie se quiere dar por enterado, ya porque está programado el no conceder audiencia al otro para silenciarle. De ahí que las raras veces en que hay confrontación sea con una intención un tanto patrimonialista, que lleva hacia la polémica estéril y la ofensa personal. En resumen, que la pasión refutadora que acepta la crítica, el diálogo socrático, el afrontamiento que no rehuye, la dinámica constructiva, todo eso parece un sueño venido de otra galaxia: ¿Habrà que dejar para otras galaxias la creación de una plataforma filosófica de diálogo franco y abierto, autocrítico y heterocrítico? ¿Tendremos que concluir que es mayor nuestra petulancia yoica que nuestro afán de conocer?, ¿nos hemos de obstinar en seguir siendo no sólo filósofos subdesarrollados, sino también mutuamente subdesarrollantes?

Esta misma parálisis dialógica afecta, como era de suponer, a los filósofos de la «España roja» y a los de la «España azul», careciendo de espacio los que tienen voluntad policroma (aunque no sucesivamente), y por ello escribimos un día este artículo: «Todavía recuerdo con alguna amargura aquellos tiempos de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central, en que fueron expulsados violenta y vergonzosamente de sus cátedras Aranguren, García Calvo, etc., a los que no quedaba otra alternativa que la cárcel o el exilio. Aquella España nos heló el corazón. Hubiera sido bueno el deshielo, poder contemplar la policromía y la variedad de las nuevas primaveras culturales que debieran haber florecido, pero la poesía/profecía de Machado parecía hecha para perdurar, para mantener a perpetuidad el hielo en el corazón de una de las dos Españas.

Ha vuelto el invierno, sólo es primavera en los prospectos de las agencias de viaje; el proclamado pluralismo político —mucho más teórico que real— está a años luz en el ámbito de la cultura. Si atendiéramos a lo aparente, la nueva filosofía española gozaría de una "mala salud de hierro", parecería que hemos dejado atrás la larga noche de la escolástica. Pero todo eso es para los turistas. Los nuevos maestros pensadores españoles no pasan de una docena, a juzgar por su presencia pública. Helos ahí, siempre en la foto retocada, en el dibujo de carboncillo, en la recensión, en la columna de opinión, en el artículo de fondo, en sus inevitables y recidivantes apariciones donde se repiten una y mil veces, como el águila de Prometeo, en sus bombos mutuos. Hace muy pocos días todavía, por remitirnos al último caso, Sádaba recensionaba a Rubert de Ventós, Manuel Cruz recensionaba a José Jiménez, José Jiménez recensionaba a Sádaba, Juan Aranzadi recensionaba a Savater, etc. —en algún caso calificando con tres estrellas la obra del otro, como a los congeladores—. Si no fuera para reír sería para llorar, en cualquier caso es un vicio universal al que los italianos denominan *campanilismo*: en el campanario que habitan, todos engolan la voz para que el tañido sea más campanudo. Detrás, las vibraciones del aire.

Si atendemos a la otra línea, la cultural-de-toda-la-vida, tres cuartas partes de lo mismo. Allí no entra ni con calzador nadie que no sea «de la santa casa». Ni siquiera bastaría con ser converso, hay que ser «cristiano viejo» de toda la

vida, arrastrar los avales de la cruzada, y acumular trienios de fidelidad a la sempiterna causa. Media España ignorando cuando no odiando a la otra media, un coto contra el otro, y la sospecha como tabique de separación de un mismo pueblo cada minuto más lejos de su reconciliación. La mitad «buena» del Vizconde Demediado contra la mitad «mala», antimodernos contra posmodernos, escolástica contra escolástica y eso es todo. Ahora no es el exilio exterior, la esperanza acariciada del volver, la sintonía común contra la tiranía, sino el sordo pero clamoroso rumor de soledades desesperanzadas el que inhabita el corazón del desterrado en su propia tierra. Aquel que se levantó con la esperanza de la virtud dialogal ha de acostarse con el vicio del monólogo.

Esta infructuosa, tal vez aburrida queja puede sonar a desértico lamento de resentido, a coñazo de marginado envidioso, a recurso y pataleo de quien se quedó excedente de cupo y anatematiza contra las cuadras de caballo de marca reconocida sobre el mulo flaco y jumento pulgoso que monta. Puede ser. Pero cabe otra lectura igualmente correcta: el desgarror por el irreconciliable exilio cultural interior le duele a quien le amarga todo escolasticismo narcisista y estéril, a quien ve secuestrada la racionalidad en sectarismos fanatizados que hasta presumen de escepticismo, a quien este olor a cerrado se le antoja olor a podrido; todo, menos filosofía.

Nuestro país es pobre culturalmente, pero se le empobrece más al no permitirle el reconocimiento de muchos intelectuales y filósofos críticos, libres, sin estrictas observancias. Para estos intelectuales «otros» (o «salvajes», si se es menos piadoso con ellos) no hay un huequecito en los medios de masa de su propia tierra. Tampoco lo hay para un filósofo de «El País» en el ambiente de el «Ya», ni viceversa. Sólo los intelectuales bonitos de ambas cuadras saludan desde la fácil acogida de sus fans. Semejante esperpento lo está pagando todo el pueblo, al que se priva de un debate sólido y permanente. Por eso no hay «mala salud de hierro» en nuestra filosofía: hay dos sociedades limitadas de bombos mutuos, cada una de las cuales se parece a la otra en su sectarismo, y en su pulsión irrefrenable de convertirnos a todos en cerdos. Tales sectarios son la Circe de los filósofos¹⁴.

Hubo un tiempo en que todo parecía indicar una voluntad decidida de aproximación y mutuo reconocimiento de las dos Españas, el tiempo aquel de los diálogos marxo-cristianos o cristiano-marxistas, que por haber llegado a estar de moda carecieron de buenos modos especulativos, y se merecieron esta

¹⁴ DÍAZ, C.: *El nuevo exilio cultural*. En «El País», 4 de julio de 1984. Valen también los componentes personales del artículo mismo, pues nadie queda al margen. Ya RAMÓN DE CAMPOAMOR había escrito «una especie de ensayo filosófico, *El Personalismo: Apuntes para una filosofía*, impregnado de elementos autobiográficos, donde reúne y resume por primera vez de una manera doctrinal sus ideas acerca de la religión, la literatura, la política» (RUIZ DE LA PEÑA, A.: *Introducción a la literatura asturiana*, cit. p. 164). En cualquier caso, no estamos solos: NELLY SCHNAITH (El País, 14 de julio de 1984) asegura: «El artículo de Carlos Díaz sobre *El nuevo exilio cultural* ha dado respuesta a una de nuestras conjeturas sobre la actual situación de la cultura española... la España que piensa no es la España que habla».

crítica: «Acaba de constituirse un grupo de cristianos-marxistas. ¡En fin, suprimidos-sobrepasados los diálogos! ¡No hay necesidad de nadie para materializar a Marcos, dialectizar a Juan, estructuralizar a Lucas, cortar la cabeza a Mateo! ¡Qué quieren ustedes, tienen tanto miedo de ser los últimos cristianos, que serán los últimos marxistas!... Semejantes a los resistentes de 1945, descubren a Marx cuando ha muerto, al proletariado cuando es burgués, a la lucha de clases cuando ha devenido feria de empeño de cinco a seis categorías sociales»¹⁵.

Superficial era aquella moda pero no es en absoluto mejor lo que ahora se estila, expuesto tan impudicamente por Vicente Verdú: «Lo que ocurre ahora es algo distinto. Tiene el aspecto de una carnicería, una agitada devastación. Como si los intelectuales españoles hubieran perdido su objeto antes de satisfacer el hambre o, mejor, como si faltos de objetos comestibles tuvieran que seguir sobreviviendo, unos a otros se buscan como pitanza y se devoran sin freno. Es espectacular de cuántos modos se puede orientar una conversación para la matanza y troceado del otro. De cuántas sutiles maneras se inicia la primera incisión en el entresijo y cómo se guía el instinto hacia las partes más blandas y sabrosas de la víctima. Poco importa la escritura, los cuadros o el rodaje, un deleite superior que ningún otro pecado puede lograr, y mediante el cual nunca el que suscita esta oportunidad quedará desasistido y solo. Todos han descubierto ya que si la creación proporciona algún placer, nada es más turbador que la destrucción. Amigos filósofos, compañeros periodistas, socios del cine. El ausente pasa en los corros a ser un codiciado manjar que exhalará sus fragancias al ser desollado. Es, pues, necesario desgarrar a toda costa y mediante cualquier combinación de complicidad. La meta decisiva es experimentar esa voluptuosa saciedad. Y, ya cumplida, ver transformado lo que parecía insigne en un detritus, a la misma envidia transmutada en un antiguo y trivial espasmo del intestino. *He aquí el trájín central de la intelectualidad española*, el núcleo de la tertulia. Nunca se escucharon tantos gozos viscerales como en medio de esta erosión cultural donde el cadáver del colega yace convertido en golosina»¹⁶.

No hay mucho que añadir a este caritativo texto que se comenta por sí solo y que expresa la altura moral y la preocupación de la burguesía culta, al mismo nivel que los gozos patricios del *vomitorium* al *venereum* en la decadencia total del pasado. No van tan lejos nuestros políticos, pero han perdido tanta fuerza de convicción en la utopía, que no tardarán en sumarse a tan flácida comparsa. Mientras la «telechotis» avanza, Joaquín Leguina se marca este discursito: «Contra Franco era más fácil, porque no había ningún ministro de izquierdas y porque *ahora ya no va nadie de héroe por la vida*»¹⁷. Parece, pues, que estos carentones y calvilampiónos barbudos han decidido que todos somos como

¹⁵ CLAVEL, M.: *Op. cit.*, p. 101.

¹⁶ VERDÚ, V.: *Tertulias*. En «El País», 14 de julio de 1984. (Subrayado nuestro).

¹⁷ LEGUINA, J.: Declaraciones en «Cambio 16», 9-16 de julio de 1984, p. 128. (S.n.).

ellos, y que el beneficio y las sinecuras de que se aprovechan es patrimonio universal, de suerte que la ocupación del español medio fuera no lo heroico, sino lo parasitario.

Ludolfo Paramio, que no es de esa agrupación política aunque ahora abogue por el ingreso de España en la OTAN, no declina su condición militante, pero parece contemplar con irónica indulgencia al pobre utópico que aún se atreve a insurgir: «la conclusión terrible es que tenemos que aprender a vivir con idealistas utópicos —un poco tediosos, como todos los iluminados— y con burócratas profesionales —un poco miopes y casposos, ya lo sean del estado o de los partidos—»¹⁸. El equilibrio: «Quien reconozca esta doble cara de la política deberá estar loco si apuesta por aquella forma de militancia enajenada que fue común en los últimos años sesenta y primeros setenta... Pero tendrá que ser un poco inconsciente si deja la política en manos de los políticos, si renuncia a hacer política en horas libres, más o menos regularmente, en último término como una faceta más de la vida diaria, junto con las novelas, el cine y todo lo demás»¹⁹. Ya se sabe: esto es Europa, y no hay que tomarse en serio el cambio del viejo mundo, al fin y al cabo lleva así mucho tiempo, sólo los tercermundistas del globo terraqueo tienen prisa.

La pasión teórica que Vicente Verdú nos presentaba como emulación del oficio de Jack el Destripador se condimenta salpimentándola con dosis de escepticismo o de semidesencanto, para que lleve razón la máxima de La Rochefoucauld (errónea, pese a todo) de que «nuestras virtudes no son la mayoría de las veces sino vicios disfrazados». En lo que sí parece llevar razón este sentencioso Duque es en eso de que «Los hombres no sólo se hallan propensos a olvidarse de los favores y de las injurias; incluso llegan a odiar a aquellos que los han favorecido, y acaban por no aborrecer a los que los ofendieron»²⁰. ¿O no? Con ocasión del 18 de septiembre, los miembros fundadores de «Felipe», los que «pasaron por la persecución, la tortura, la cárcel, el exilio, el ostracismo»²¹ dan una cena de gala, con la asistencia de algún aristócrata. ¡Ah, La Rochefoucauld! Tú escribiste: «Los defectos del alma son como las heridas del cuerpo; por mucho cuidado que se ponga en curarlas, siempre aparece la cicatriz, y en todo momento se halla en peligro de volverse a abrir»²². ¡Tanto penar para terminar con un cocktail!

Y es que los españoles declamamos mucho y declaramos poco; proclamamos gesticulantes, retóricos, grandilocuentes, solemnes, todo antes que venir a la realidad. Los próceres rectores de antaño proclamaban que éramos unidad de destino en lo universal, especie de Olimpo sindical reservado en alguna galaxia

¹⁸ PARAMIO, L.: En «El tema de la quincena». Noticias Obreras, 883, 1-15 de julio de 1984, p. 26.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ LA ROCHEFOUCAULD: *Op. cit.*, p. 32.

²¹ VÁZQUEZ MONTALBÁN: En «El País», 12 de julio de 1984.

²² LA ROCHEFOUCAULD: *Op. cit.*, p. 56. Con esto no apuntamos por nuestra parte a la moda del escepticismo, ni nos gusta el deporte delahorasiquenomeacuerdo, ni queremos concluir que no merezca la pena seguir trabajando. Henos de Pravia y de Gal Aquí Mismo.

a los reclinantes de aquende los Pirineos; parece también que corría a nuestro cargo el cuidado de un edénico jardín plagado de primaveras, rosas, luceros, y alboradas; incluso nos habíamos erigido en arcangélica espada de cristiandad y en cruz roja occidental antimorería/antimasonería/anticomunismo, las tres mafias maléficas que no descansaban. Constituíamos, en resumen, toda una raza, de la que pendía la suerte de cinco continentes: siempre España, eterna España, unagrandelibreespaña, España sin problema, Santiago y cierra España.

Inevitablemente a tales proclamas siguieron sus contrarias, hasta el punto de resultar malsonante y de escaso buen gusto el mero pronunciar la invocación dulce y mágica, taumatúrgica —España—, en cuyo lugar comenzó a circular su circense sustituto deíctico («este país»), o los vergonzantes subrogados: «el estado de las autonomías», «nuestro pueblo», *Ex-paña* en una palabra. A la quema del nombre siguió la de los libros de caballería: Yugos, flechas, boinas, brazaletes, emblemas, carnets, etc.; la cuestión era hacer sitio a las nuevas esencias ex-pañolas: puño cerrado y no brazo en alto, lendakaris y venerables por procuradores, pero siempre en el mismo estilo de *curatores* y satrapías. Había, pues, que reverdecer los laureles del sueño hegeliano del estado ético con sus nuevas e inevitables proclamas para la otra *Ex-paña*, la no menos eterna *Ex-paña* posmoderna ahora emergente cual Nueva Antártida, la *Ex-paña* como problema, excétera, excétera, excétera.

Empero, tras el cambio comenzó a resultar diáfano que entre un español de raza y un expañol remodelado resultaba casi tan difícil distinguir como entre dos gemelos univitelinos bien avenidos. El mismo cuerpo social seguía como si nada cuando los funcionarios se agarraban a su sillón cual náufrago a tabla, por el temor a que se les jubilase aunque su meta hubiese estado siempre puesta en el dulce sesteo de la permanente jubilación, o cuando a los «trabajadores en las armas» se les garantizaba una prejubilación con la totalidad de emolumentos y ascenso de grado, en una peculiarísima «reconversión» de tan desigual trato respecto a los restantes reconvertidos de las clases trabajadoras, o cuando los enfermeros enfermaban porque otro colectivo de profesionales de la enfermería quería ayudarnos a todos a recuperar parte de la salud perdida, o cuando la guerra de competencias autonómicas se desataba con la máxima incompetencia e insolidaridad, o cuando los pilotos de Iberia hablaban de democracia para defender unos «derechos» sultanescos, o cuando los administrativos defendían un nivel universitario mientras carecían de título universitario, o cuando nuestros agudos politólogos hacían disquisiciones sobre el «Hacienda somos todos», especialmente los más hacendosos, etc., etc.

O sea, que hemos mejorado muy relativamente de impostación, que todo sigue yéndose en proclamas/reclamos/declamaciones y en juegos metalingüísticos, y que españolitos y expañolitos somos una misma *troupe* circense dada a que el «aquí no paga nadie» se traduzca en un «que paguen los de siempre». ¿No es demasiado evidente que todos a una seguimos en última instancia jaleando al esférico destino que nos marca Don Balón, nuestro más íntimo ancestro, sea contra la pérfida Albión, sea contra el chauvinista gabacho en el

Parque de los Príncipes, final de Copa de Europa? A dar patadas, que es lo nuestro, sin rechazar el pateo mutuo con que nos horrorizaron en la Copa del Rey azulgranas y rojiblancos, dos razas de héroes.

En este país, antes Hispania, Iberia, Hespérides y otros signitivos, seguimos siendo los mismos termocéfalos mediterráneos, aunque ahora para sofisticar nuestra pedantería reestrenada y casieuropea montemos por todo lo alto congresos sobre la esencia de la Hispanidad, sin que pese a ello sea posible su definición, a no ser con el clamor tribal del «¡España, España!», aunque fuere en la clave posmoderna de «¡Expaña, Expaña!». Es nuestra tónica. Su tónica. En las horas bajas uno siente que así no es fácil hacer filosofía, que a la par que sabiduría es amor.

*De la dificultad de saber qué es lo que sabemos, o de la patencia
de lo que ignoramos*

Henos, pues, ante una realidad filosóficamente politendencial, cantonal, bien parecida en el fondo de su antítesis a aquel otro monolitismo ideológico que dominara durante la primera mitad del Antiguo Régimen hispano. A diferencia sin embargo de antes, hoy se leen cuantas producciones bibliográficas aparecen fuera, y el contacto con el «extranjero» nos es menos «extraño», habiendo desaparecido felizmente el ancestral raquitismo bibliográfico y la casi inexistencia de fuentes referenciales.

Dar una idea exacta de la producción bibliográfica cispirenaica es ya harina de otro costal, y ello se deduce de cuanto antecede, pues no resulta tarea fácil seguirle la pista a la filosofía ágrafa (¿podría incluso, en rigor, considerarse filosofía a una Tesis Doctoral o a un artículo, incluso a un libro o a una pila de ellos, pensados instrumentalmente para lograr a su través una ideoneidad cualquiera con que calmar el ardor de pensar?), y a las producciones polígrafas tampoco se les puede dar un crédito filosófico ilimitado, pues podría darse el caso curioso, no tan aislado, de que un maníaco de la escritura/publicatura, tras fraccionar su propia Tesis sobre Huseerl en veinte artículos en otras tantas revistas y luego de recomponerlo de nuevo en forma de libro a poco que repitiera la operación convirtiere él sólo —cuantitativamente hablando— a España en un país de fenomenólogos, cuando en la realidad, lejos de haber un país husserlianizado lo único existente es un husserliano que escribe por todo el país. Por lo demás, a los de la filosofía exotérica y charter, a los de la filosofía con camisa corta y bermudas, tampoco hay que hacerles mucho caso en su pretensión de ejemplaridad, pues como sabemos suelen ser hábiles en el manejo del mono, la trompeta, y la cabra con que llamar la atención, sin ser banda afinada alguna, de modo que ni con eso ni con el efecto multiplicador de la propaganda cabe calibrar el valor real de tanta parafernalia. Y es que cuando un pueblo se permite el lujo de no saber lo que saben los que saben, es que los que más saben tan sólo son un poco menos ignorantes.

Y no hay más, no hay que buscar tres pies al gato aunque tal búsqueda sea irrefrenable en el filósofo que se precie. Remontarse al pasado de nuestra actividad filosófica nunca está mal si se quiere contemplar mejor el presente, incluso es tarea obligada en muchos momentos, pero volver recurrentemente sobre ciertos planteamientos con obsesión imantada en torno a lo mismo, no sirve de mucho. Parece sin embargo que, pese a su preparación filosófica que yo no sabría negar, Julián Marías da vueltas al mismo molino una vez más en su artículo *Un rasgo original de la filosofía española*²³, artículo que parece velada respuesta a los filosofemas «made in El País», y en el que ratifica, frente a la «ignorancia de los recién llegados» que «el hecho —grave en sí mismo— de que hasta hace menos de un siglo no haya existido una lengua filosófica española, de que el español no hubiese adquirido plena aptitud para pensar filosóficamente, ha tenido la consecuencia de que nuestra lengua se ha hecho filosófica en su etapa de madurez y perfección, no, como otras, en una fase relativamente primitiva». ¡Bonita manera de dialogar con los «recién llegados»! ¿Este es el diálogo a que hemos de aspirar, un rebufo de cuando en cuando y se terminó? Por otra parte, ¿a qué viene tanta alharaca con el castellano y su uso filosófico?, ¿no estaremos asistiendo a una operación «pro domo sua» en que se aprovecha cualquier ocasión para reivindicar a Ortega y agradecerle la docena de términos que aportó al léxico hispano luego de traducirlos bien del alemán? Tal vez estemos sospechando demasiado, nos gustaría que así fuera, y nos disculpamos por nuestro posible juicio de intenciones. En cualquier caso, dejemos atrás a Marías, para ir a la cuestión que él mismo suscita, la lingüística. Como es sabido, el lenguaje filosófico técnico puede alcanzar cotas insospechadas de tediosidad; un cierto reverencialismo respecto del léxico consagrado sería tan nefasto como su desprecio, y ni lo uno ni lo otro ayuda a pensar por cuenta propia. La propia imaginación lingüística se ralentiza cuando se incorpora servilmente lo ajeno, hasta desvirtuarse en un horrisono castellano devenido empedrado de barbarismos, ya fueren latinismos cultiparloides, ya barbarismos permanentes a modo de dolorosos tropezones en un lamentable castellano, con los que topabas cuando más relajado te creías: un golpe de *Erlebnis* a babor, un susto de *Bewusstsein* a estribor, y así durante la mayor parte de la travesía, entre gentes que balbucían un español macarrónico y por tanto macarra.

De lo que sí tendríamos que alegrarnos más es de que la filosofía de nuestro país vaya ganando enteros en el mercado de la expresión lingüística. Por primera vez (con excepción de Ortega, dejando aparte el caso de Unamuno, también con excepción de García Morente y algún otro) leer filosofía en España no es sufrir un pestiñazo oscuro, mazacote farrogoso y literariamente paupérrimo. Hay que discrepar radicalmente de aquellos que menosprecian al escritor grácil alegando radical incompatibilidad entre escritura y capacidad simbólica o profundidad noética; muy al contrario, la racionalidad comuni-

²³ MARÍAS, J.: *Un rasgo original de la filosofía española*. ABC, 4 de julio de 1984.

cativa se acrece cuanto mayor es la transparencia léxica. De ahí la importancia y el arraigo de quienes poseen hoy suficiente talento literario como para hacerse entender entre los sectores cultos no profesionales del gremio filosofante, lo que contribuye a editar y reeditar los escritos. Bienvenida doña Claridad, dama de honor de la rondalla filosófica, sin afectar profundidad en lo que sólo es niebla. Nuevamente surge el dilema: entre la tiranía del columnista brillante pero superficial cazando anécdotas y escuchando campanas que no localiza, y el estilo farragoso elevado a categoría sólo clara para los amigos iluminados del *Penseroso*, uno no debe elegir; debe más bien dar a Manuel Vicent, Francisco Umbral, Rosa Montero y algún otro lo que es a ellos debido, pero sin hacerlos pasar jamás en modo alguno por metafísicos de la posmodernidad (son meros epistemólogos de la apariencia, que es a su vez la manifestación inadecuada de la esencia, digámoslo sin atenernos a Hegel), y a la filosofía lo que es propio de la filosofía: mayor aire, más altura, aire más libre. Acostumbrarse a leer la metafísica en los murales, en las calles, en los periódicos es necesario, pero insuficiente. Que diría Leibniz.

Más allá de fenómeno y noumeno

Hemos venido fustigando la esterilizadora dualidad demasiado cargante de las dos Españas filosóficas. En filósofos públicos y privados hemos avizorado parcialidades y agradecido méritos. Nos duele, en suma, España, realidad que está por pensar una vez más.

La misma taxonomía que nos ha servido como método de análisis (filósofos fenoménicos y nouménicos) es inadecuada, pues su tosco cedazo se muestra incapaz de cribar otras dimensiones de nuestra vida filosófica. Seguimos estando incómodos, deberíamos intentar completar lo dicho con un nuevo planteamiento de la cuestión.

Quizá podamos incluso servirnos de lo dicho hasta aquí, y superponer una red más tenue y fina para asir lo que se nos escapaba. Intentemos describir el tipo de actitud filosófica que va «más allá de fenómeno y noumeno», más allá del dualismo filosofía privada/filosofía pública. Veamos.

Existe en nuestro país un buen número de pensadores que han publicado no sólo sobre temáticas específicas, sino que han escrito ensayos sobre la vida común, aportado meditaciones sobre el sentido, y reconstruido nuestra historia. Sin embargo, o bien no ha terminado de despegar su meditación por la dificultad de sus tecnicismos, o bien se ha limitado a las capas más cultas las más ennoblecidas por el poso de la cava secular aunque no bullanguera o bien no han podido llegar al gran público porque lisa y llanamente no es fácil encontrar hoy medios de masa accesibles para las ideas que no están de moda. El precio de este peaje suele ser el desconocimiento, el exilio cultural interior, el desarraigo. Estos pensadores son sin embargo, faros de luz desatendidos mientras el gran público vuelca su atención sobre las nuevas estrellas rutilantes del Hollywood

del pensar. Pero ese mantenerse «up to date», ese estar por encima del tiempo puede degenerar en fácil (facilona) «Consolación de la filosofía».

Olegario González de Cardenal ha escrito precisamente un libro titulado *España por pensar* (1984), donde afronta nuestra situación espiritual con el mejor estilo, a lo largo de una meditación sobre nuestro pasado, abundando los referentes teológicos, filosóficos, históricos, literarios, etc., cual corresponde a una meditación filosófica, aunque tal vez con un estilo excesivamente barroco y a veces fatigoso. En la misma línea se encuentra, aligerado de estilo y por ende mejorado, su libro *El poder y la conciencia* (1984), que ha obtenido un importante galardón. En realidad en estos y sus anteriores trabajos de creación hay un planteamiento metafísico de hondo aliento, en la medida en que no rehusa la radicalidad, antes al contrario va a la raíz, y a su fundamento de pensabilidad y existencia. Estas breves líneas no pretenden en modo alguno reseñar a vuela pluma obra tan densa, tan sólo testimoniar la existencia de «filosofías otras» en nuestro país, filosofías con aroma y bouquet, para paladares más exigentes.

Arriesgaremos enemistades: daremos también el nombre de algunos filósofos y pensadores importantes pero silenciados, esperando que los aquí no mencionados no lo tomen a mal. Sería en cualquier caso muy injusto ignorar los bellísimos planteamientos antropológicos de Juan Luis Ruiz de la Peña, con una prosa aquilatada y una rigurosidad analítica modélica, en libros tales como *Muerte y marxismo humanista* o *Las nuevas antropologías* (1984). Por mi parte sólo puedo recomendar su lectura, lo mismo que la de los múltiples libros de Xabier Pikaza, o los de José Ignacio González Faus, sobre todo su clásica obra *La humanidad nueva*, o los de Juan Martín Velasco, el finísimo fenomenólogo de la religión. Estos autores, que se mueven en el terreno de la teología, dan en sus libros sugerentísimas claves de lectura de la modernidad, desde el terreno de la teología, y sus obras son paradigma de actitud dialógica. Obvia decir que no son perfectas, y que se mueven entre peligros por arriba y por abajo, a derecha y a izquierda. En cualquier caso, no me explico cómo superviven los teólogos, con esas irrisorias dotaciones económicas y ese aislamiento. Vaya por contrapartida nuestro agradecimiento, el que les debemos todos, del mismo modo que las catedrales o la música sacra, o el arte religioso, deben ser objeto de veneración por parte de cualquier hombre. Digamos con el sentencioso, sin embargo, esto: «No todos los que cumplen con sus deberes de agradecimiento pueden por ello alabarse de ser agradecidos»²⁴, pues «la excesiva premura con que pretendemos saldar un favor es una especie de ingratitud»²⁵. Estos teólogos, en fin, sostienen una búsqueda dialógica, nutricia, culturalmente propositiva, sin recluirse en un pensar místico o interiorista que no diera razones (aunque responda a la influencia de la situación lamentable del mundo exterior), ni rechazar una confrontación científica sobre Dios.

²⁴ LA ROCHEFOUCAULD: *Op. cit.*, p. 60.

²⁵ Mientras escribo esto recuerdo mi artículo *Apología del teólogo*, que no puedo sustraerme a

Junto a la cultura filosófico-teológica está la más filosófica, y aquí causa perplejidad ver cómo mientras ciertos jóvenes pensadores con sus posibles méritos y bisoñeces son aireados de continuo, otros muerden el polvo del silencio: Cencillo, Gómez Caffarena, López Quintas, Adela Cortina, Jesús Conill y bastantes otros son nombres que deberían «sonar» por lo que están aportando a la reflexión metafísica, por lo demás tan escasamente cultivada, al extremo de que cada vez que desaparece un clásico, como Zubiri, nos quedamos sin sustituto para el equipo nacional; los clásicos no encuentran siempre fácil sustitución, aunque sí que rija la ley de la mancha de la mora, según la cual un clásico con otro más clásico se mejora. Y esto me recuerda al cuento de los tres cerditos: nos toca elegir entre ser aquel cerdito que construyó perezoso una casa de papel, y vino el lobo que la destruyó de un zarpazo, o el que la construyó de madera con similar resultado un poco más tarde, o el que con sudor y vigilia prudente arrancó minutos al sueño y laboró en una sólida

trascibir siquiera parcialmente: «En alguno de sus libros creo recordar a J. M. CABODEVILLA afirmando que un obispo es un cura en estado de gravedad, al menos por la problemática que debe resolver y las situaciones a que debe atender. Sobre aquella metáfora, esta otra: el teólogo es un creyente al borde del infarto... Pocas veces pensamos en el oficio de teólogo, pero imaginemos los padecimientos físicos de aquellos casuistas con los pies en el agua fría para frenar posibles acaloramientos pasionales mientras clasificaban imaginativamente los mil detalles culposos según qué grado de concupiscencia. Aquellos hombres que sabían bien lo que era tener los pies fríos y la cabeza caliente estaban además como atados a la estirpe de Sísifo, ya que cuanto tocaban lo convertían en teoría, mientras los demás se daban a la carne sin apremio alguno de teoría. Es cierto que el estilo de los modernos teólogos sólo con mucha mala uva puede compararse con el de aquellos otros de antaño, pero la tensión que produce escribir teología es hoy la misma de ayer... De entrada ¿qué teólogo no será recriminado por la bibliografía elegida? Si opta por la alemana, ya sabe: Teología de laboratorio, distante del Evangelio, hecha por los ricos. Si tiene veleidades latinoamericanas, pues también sabe: esa teología latinoamericana tan pobre conceptualmente y tan criptomarxista. Y si no es ni alemana ni latina, ¿qué puede ser?, ¿literatura mística al margen de la praxis?, ¿praxis sin tensión ascética? Haga lo que haga, se le dirá que una cosa es hablar o escribir y otra vivir, o que todo decir es insuficiente, aunque a la hora de la verdad tampoco el callar satisface, quedando la teología silente sin palabras para defenderse. Todo lo tiene en contra el teólogo... El teólogo deviene filósofo en estado de vértigo, siendo a su vez el filósofo un científico en situación de vacío... Por otro lado, no es que la fama recompense la tensión: aunque el motor del teólogo fuese (entre otras cosas) la fama —una como lujuria teórica—, tendría que resignarse a la realidad: ediciones "de alcoba", es decir, de reducida tirada en editoriales "de la casa" para "los nuestros". Va listo el teólogo que aspire a la gran notoriedad: tanto ir y venir por Roma, Tubinga y Jerusalén, para acurrucarse escribiendo en una revista donde, para más colmo, los artículos no se pagan. ¿Pagar? Dos duros por clase dada... Los sueldos de los teólogos rozan el salario mínimo interprofesional, lo cual está muy bien para el creyente, pero no debe hacerse valer como azote antiteológico. Compensar mentalmente este esfuerzo adicional con la hipótesis de que así se es más ejemplar es conceder demasiado: lo que pasa es que te pagan poco porque nadie se interesa por ti, teólogo. Y luego las admoniciones, el "te passaste, burlancaster", cuando lo pensado no es conforme a lo debido. Bien está llamar al orden debido, pero ¿no se obliga a veces a los teólogos de hoy a decir lo que los teólogos de ayer, que a su vez dijeron lo de ayer, etc.?... Y, sin embargo, ahí siguen, solos, sin apoyo institucional, sin acogida social y sin agradecimiento de los cristianos... Menos mal que el Ministerio de Cultura no ha pensado en dar becas para teólogos: esto hubiera sido peor; nunca se sabe si es más rica la teología más abandonada a su realidad, que es la realidad de los pobres» (ahora reducido de la revista «Caritas», noviembre de 1983).

morada imbatible, como merecía la pena. Nos toca, pues, acariciar la rosa en la cruz de la presencia, y ya que nos pinchan las espinas, sepamos al menos no perder la nariz y apreciemos la fragancia de la rosa. Mientras tanto, el que añade ciencia añade también cansancio. Descansen en paz los que se han esforzado y se han cansado. Nuestros clásicos mayores. Los demás, sigan construyendo hasta que les llegue la hora. Esto es lo exigible de nuestra actualidad, y menos jajaja jijijí, tan aviejado antes de tiempo: «Pocas personas hay que, en el primer declinar de la edad, no muestren por dónde desfallecerán su espíritu y su cuerpo»²⁶.

En este sinóptico y puntual recorrido por la cara oculta de nuestra filosófica superficie lunar no podemos detenernos mucho, pero así como esa luna está habitada por ínsulas teológicas y oasis metafísicos, hay también albergues de científicos: Javier de Lorenzo, Alfonso Pérez Laborda son dos nombres de personas independientes que, desde la matemática y la historia de la ciencia respectivamente, sólidamente afincados en la filosofía, están produciendo interesantísimos libros. La cosecha de Javier de Lorenzo es ya para descubrirse, y en sus libros hay una interesantísima metodología ni hiperracionalista ni pseudorracionalista, así como una nomenclatura bella y original: las *burbujas* y otros apelativos de *El método axiomático y sus creencias* (1980). Alfonso Pérez Laborda, más tardío en sus publicaciones, ha realizado, y está en proceso permanente de realización, aportaciones muy sugerentes, la última de ellas en su extenso e intenso *¿Salvar lo real?* (1984), reflexión sobre filosofía de la ciencia y afrontamiento de las tesis más candentes.

¿Quién conoce a estos serios filósofos? Poca gente: no es que no existan, ni que no insistan, es que... cada pueblo elige a sus pensadores, en cuyo rostro hoy se reflaja, sin saber si mañana va a mirarse. Sin incursionar en el terreno literario al que el filósofo debiera prestar más atención, tres cuartos de lo mismo: ¿Quién lee a ese prosista monumental a la par que filósofo finísimo que es José María Cabodevilla? ¿Quién sabe a ciencia cierta qué libros ha escrito Aquilino Duque, uno de los cuales, *La idiotez de la inteligencia* (1983) no puedo por menos de recomendar como ejercicio de relajación intelectual y de sano sentido del humor crítico?

Basten, pues, algunas referencias como las aducidas para dejar constancia de esta realidad, de esta riqueza lamentablemente ignota, a la que tal vez lleguen deslumbrados nuestros nietos, ya que nosotros no hemos sabido contemplarla. Y esto sin mitificar, que nada puramente humano es perfecto: todos y cada uno de los autores mencionados, así como otros a los que la brevedad del espacio obliga a mantener anónimos, saben bien sus múltiples limitaciones, y en caso contrario peor para ellos.

Hemos querido, en suma, con este epígrafe afirmar que no todo es ir del coro al caño, que no todo son los confusos academicismos de las «mínimas lecturas para una nota», o las «notas para una lectura mínima» (Clavel), ni el

²⁶ LA ROCHEFOUCAULD: *Op. cit.*, p. 60.

¿notas que hago una lectura mínima, notas mínimamente mi lectura? tan usual entre el sindicato de mínimos lectores academizantes y alejandrinizantes.

Posmodernismo a la vista

Al lado de lo anterior coexiste y alborota la filosofía de la posmodernidad, cuyos rasgos genéricos no son muchos: A) Rechazo de un discurso lógico y coherente, y postulación de discursos autónomos, fragmentados, de lógicas alternativas para un mundo que se quiere incoherente, es decir, recusación de la lógica de Aristóteles y enaltecimiento de lo ínfimo-lógico, de la infimología o lógica de lo ínfimo, todo ello mientras sin embargo el discurso aristotélico se resistiría a desaparecer.

B) Recusación de lo sistemático, de lo globalizador, y potenciación de la importancia de «no verlo claro», de la voluntad de fragmento, de no-symploké; es decir, rechazo de toda ontología posible, lo que no evita sin embargo una cripto-ontología que se reclama del criticismo kantiano.

C) Redescubrimiento de la «moral» como irresponsabilidad, incoherencia, subjetivismo, oscuridad, contradicción, gusto por lo parcial, escepticismo, precariedad, penuria, nihilismo matizado, saber vivir, gozo, neohedonismo, inestabilidad, etc.

D) Agnosticismo y/o ateísmo, anticlericalismo con cierto aire ilustrado.

E) Eticidad oscilante que en unos casos aparece como difusa rebeldía, nostalgia de Mayo del 68, ecologismo, blandopacifismo, siempre abandono de las reales o supuestas militancias pasadas, y en otros casos aparece como presencia parlamentaria y confianza en la famosa «ética cívica pública» fuertemente teñida de liberalismo burgués, donde la política se usa como «discurso performativo» al que se apela y en el que no se cree, bajo el síndrome «regodeo en los medios, escepticismo en los fines», no faltando en todo ello muchas dosis de frivolidad.

F) Regusto estetizante, apología del «seny», exhibición de los gustos, imposición de las modas, diletantismo, espíritu irónico, cuidado estilo literario.

G) Rechazo total de la noción de persona, sujeto, hombre, o yo en el plano teórico, lo que no impide su contradictoria apelación al subjetivismo, al yoísmo de tinte romántico, o mejor transromántico, en la medida en que se carece de la ilusión y la ingenuidad del romanticismo clásico²⁷.

²⁷ Algunos de los autores y de los libros más representativos de esta corriente, sin embargo nada monolítica, pueden ser: XAVIER RUBERT DE VENTÓS: *De la modernidad. Ensayo de filosofía crítica*. Barcelona, 1982; *Filosofía y/o política*. Ediciones Península, Barcelona, 1984; *Las metopías. Metodologías y utopías de nuestro tiempo*. Montesinos Editor, Barcelona, 1984; *Moral y nueva cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 1971, etc. (Tal vez sea RUBERT el posmoderno más sólido y completo, en su línea).

JAVIER SÁDABA ha publicado un libro «como muy» posmoderno: *Saber Vivir*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1984, habiendo logrado excelente difusión tras su salida. (Es el otro posmoderno más confesante).

Es la moda. En Francia Baudrillard, y sobre todo Lyotard²⁸, han puesto en circulación estos filosofemas, que por lo demás se remontan a la Grecia desengañada y cínica posterior al siglo de Pericles. Es pronto aún para emitir pronósticos sobre el futuro de esta dirección de pensamiento que se quiere hegemónica y que tal vez sea tan sólo la reacción después de cuarenta años de signo contrario. De todos modos no es algo demasiado alentador, y en tal sentido creemos que tiene bien merecida esta acerada crítica salida de la pluma de Carlos Lerena: «Culturalmente hablando —estamos en su terreno, es un especialista en esteticismo— también hay que hacer su presentación, y ello como él querría, de un modo impresionista. Nada de cosas de mal gusto, como hablar de aquel horrible puritano ilustrado, falto ya de perspectiva histórica, que se llamaba Marx. Tiene como chivos emisarios el productivismo, el ascetismo y demás monstruos, pero se somete dócilmente a cualquier vía-crucis con tal de que quede bonito. Por ejemplo, se sacrificaría echándose a la mar oceánica si con eso pudiese salvar de muerte por arpón a una ballena (qué bonita quedaría la foto...: un hedonista-masquista cargando con una ballena sobre los hombros)... Tiene contraída una fobia sagrada y edipiana contra todo lo que representa al padre, por ejemplo, el trabajo, el esfuerzo, el poder, y una compasiva filia hacia todo lo que represente a la madre, por ejemplo hacia lo que él llama *naturaleza*. Mentalmente vive encaramado a un péndulo, el de la *liberación-represión*... Realmente —él, que dice no soportar el énfasis, la declamación— vive rodeado de palabras y de gestos: hay que oírle y verle decir *comunicación, deseo, creatividad*. O escucharle pronunciar, por ejemplo, la palabra *cuerpo*, y sobre todo en plural... Trata, en fin, de vivir al día —intensamente, dice— y con lo puesto, como si no tuviese nada más que ponerse o como si fuese un sentenciado. Todo indica efectivamente que lo está: el poso del capitalismo, el producto cultural del culo de saco en el que está éste desde mediados de los años sesenta... Esta versión intelectual... del sujeto... que contempla el ombligo de su espontaneidad, de su libertad, de su soberanía, y que, en fin, se encuentra *interesante, francamente interesante*, constituye el último típico producto cultural de la sociedad capitalista, la cual... ha producido la individualidad, pero también la posibilidad de aislarla de sus raíces, esto es, de pensar por una parte al individuo y por otra a la sociedad, vía de un doble instrumentalismo, el cual hoy se da cuerda a sí mismo por medio de la predicción profética de una catástrofe alegre y optimista. Este representante de la

Sería demasiado falso meter aquí a FERNANDO SAVATER, quien pese a sus evoluciones rápidas parece mantener una actitud mucho más dada a la defensa de valores (sobre FERNANDO SAVATER, cfr. mi libro *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1982).

También sería excesivo dar sin más por posmoderno a EUGENIO TRÍAS, pese a compartir algunos rasgos con esta línea, especialmente su negación del papel del hombre, su cierto esteticismo que reduce a la filosofía a muy poco, etc. (Cfr. ILDEFONSO MURILLO: *Crisis de la fe en la ciencia y futuro de la filosofía*. Diálogo Filosófico, 1, 1985).

²⁸ LYOTARD, J. F.: *La condición posmoderna*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1984.

nueva cultura dominante en ciertas fracciones de la *intelligentsia* es a su modo un hábil experto... perfectamente puesto al día en materia de necesidades de la sociedad capitalista, esto es, el intercambio de posiciones, papeles, identidades y parejas, o sea, el cambio del cambio, ley de la permanencia de la sociedad contemporánea. Todo parece indicar que ésta requiere y produce un modelo de hombre mitad tonto y mitad loco, sumiso robot y niño rebelde, aturdido e infantilizado... tan adaptado-liberado, tan puntual en el cumplimiento de la consigna oficial del *sálvese quien pueda*»²⁹.

Varapalo al estereotipo. Acaso convenga esta crítica radical para ayudar al posmodernismo a exorcizar sus propios demonios. Es difícil, por lo demás, conocer hasta qué punto impregna una corriente de opinión a otros autores³⁰. En cualquier caso, un diálogo franco y abierto, que llame al pan pan y al vino vino, es lo más deseable³¹.

²⁹ LERENA, C.: *Miseria de la cultura y cultura de la miseria*. En «Educación y Sociedad», 1. Akal Editor, Madrid, 1983, pp. 52-53).

³⁰ El propio EMILIO LLEDÓ, cuya seriedad filosófica está bien probada, «lee» en esta clave en ciertos temas a EPICURO, en su libro *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo, y de la amistad*. Montesinos Editor, Barcelona, 1984.

Por su parte, JOSÉ JIMÉNEZ, aunque con un lenguaje complicado y en ocasiones farragoso, parece tender de alguna forma hacia la misma dirección, con más circunspección sin embargo en torno al marxismo académico, en su obra *Filosofía y emancipación. Una respuesta filosófica a la crisis ideológica del mundo moderno. La filosofía como proyecto antropológico y político. como guía para la acción emancipatoria*. Espasa Calpe, Madrid, 1984.

Muchos ribetes de posmodernidad contiene el libro de VICTORIA CAMPS, *La imaginación ética*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1983, y en esta misma línea parece venir orientándose la «ética de la penuria» y las ortodoxísimas heterodoxias de JOSÉ LUIS ARANGUREN.

No sería fácil, en cualquier caso, aquilatar la aleación de posmodernidad de éstos y otros pensadores españoles, pero si se admiten como significativos los siete rasgos que de esa tendencia filosófica hemos señalado aquí nosotros, podría tenerse una idea bastante aproximada.

³¹ Es lo que por nuestra parte hemos querido hacer, hasta la fecha en solitario casi siempre, con nuestros anteriores libros *Escucha, posmoderno*. Editorial Sígueme. Salamanca, 1985; *Intensamente, cotidianamente*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1983; *Memoria y Deseo. Oficio de enseñar y pasión por el hombre*. Editorial Sal Terrae, Santander, 1983; *Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad*. Editorial Sal Terrae, Santander, 1982; *El sujeto ético*. Editorial Narcea, Madrid, 1983; *Corriente arriba. Ensayo de filosofía personalista*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1984; *Mounier y la identidad cristiana*. Editorial Sígueme, Salamanca, 1980; *Para ti joven, contra ti joven*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1983; *¿Es grande ser joven? Diálogo pedagógico con una juventud sin maestros*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1982, e indirectamente en otras varias.